

## LOS LIBROS

FREUD Y LA HISTERIA FEMENINA, por el Dr. J. Gómez Nerea.

Acaso entre los hombres de ciencia de nuestro tiempo sea Sigmund Freud el más universalmente leído. Su nombre anda de boca en boca. No obstante, acaso también su obra sea la más superficial o fragmentariamente conocida no tanto por la dificultad que en sí misma pudiera entrañar—al contrario, se sabe, es transparente en su lenguaje como en su pensamiento—sino tal vez por la extensión de la misma, ya que esta alcanza a más de treinta grandes volúmenes que el lector corriente, por lo general, no está en disposición de penetrar. De ahí que los libros de carácter divulgativo de sus apasionantes doctrinas, como el que comentamos, poseen una utilidad manifiesta.

Empieza el Dr. Gómez Nerea su «*Freud y la Histeria Femenina*» (1) transcribiendo una larga definición científica de la histeria, enfermedad que aparece con mayor frecuencia en los seres adolescentes y que ataca más a la mujer que al hombre, sin significar esto que en el sexo masculino no esté también muy difundida. Con preferencia, la histeria se presenta en los neurópatas hereditarios. Las causas son, a menudo, meramente ocasionales, debidas ya al traumatismo o a la emoción. Existen, además, tipos de histéricos temperamentales en los que se observa una especie de predisposición a la histeria. La sugestión,

---

(1) Editorial Tor. Buenos Aires, 1936.

en estos casos, tiene un rol importante. Con esta, en no escasas oportunidades, se ha arribado al hipnotismo.

Ya es muy sabido que Freud en su juventud sufrió la influencia del célebre neurólogo Charcot, de quien ha llegado a decirse que «el histerismo es una enfermedad inventada por Charcot». Freud, premunido de los conocimientos adquiridos en la Salpêtrière retornó a Viena a exponer las teorías de su maestro galo. Los médicos austríacos se burlaron de su colega, más aun cuando afirmó que la histeria también hacía víctimas en los hombres. Alguien llegó a decirle: «Pero, querido colega, histerón quiere decir útero». El profesor Maynert, el que más ridiculizó la histeria masculina, en el lecho de su muerte le dijo a Freud, que se encontraba a su lado: «Ud. lo sabe, yo he sido uno de los más hermosos casos de histerismo en los hombres».

En Viena trabajó Freud con el médico Joseph Breuer a quien el autor de «*Totem y Tabu*» considera como al verdadero fundador del psicoanálisis, sin desconocer lo que en este sentido hicieron Charcot y Beernhein, publicando juntos un estudio previo en 1893 y otro más completo en 1895. Ya en este ensayo Freud abandona el hipnotismo para explorar, adentrándose más, en el psicoanálisis en sus relaciones con la histeria. Cuando las interpretaciones sexuales y de los sueños ocuparon de preferencia a Freud, Breuer no lo acompañó más en sus trabajos de investigación. No está demás recordar que en cuanto al psicoanálisis y lo que hoy en día constituye su contenido específico, Freud nada tiene que ver con su compatriota.

El Dr. Gómez Nerea, con un claro método expositivo, entra de lleno a estudiar el aporte de Freud al histerismo, analizando las primeras experiencias sobre esta enfermedad que realizara junto con Breuer para en seguida presentar innumerables casos clínicos, algunos extraordinariamente curiosos, desarrollando al mismo tiempo la teoría freudiana, en la que tiene vital importancia la interpretación sexual, sobre todo en las histerias debidas a traumas, afirmando que «una vida sexual normal excluye

toda posibilidad de contraer cualquiera de las llamadas *neurosis actuales*». En estas se incluyen la neurastenia, la neurosis de angustia y la hipocondría. Sólo en la existencia sexual del individuo pueden encontrarse las causas de estas neurosis. Además, Freud ha verificado que los seres que no satisfacen sus necesidades sexuales normalmente, sino solo de manera incompleta, como los masturbadores, v. gr. se enferman de una neurosis determinada, cambiándose el carácter de esta cuando el afectado adopta una costumbre sexual distinta. En ningún caso esta afirmación de Freud significa que todas las neurosis tengan, fatalmente, su etiología en la vida sexual, pues si muchos sujetos se enferman a consecuencias de perturbaciones de tal índole no pocos contraen neurosis por otras causas, como por conflictos económicos, sentimentales o también por malestares de esencia orgánica. «Pero de todas maneras—manifiesta el Dr. Gómez Nerea—Freud descubre que los trastornos psíquicos tienen efecto únicamente a consecuencia de alteraciones que se presentan en la indiscutible relación que existe entre el yo y la libido. En seguida consigna la siguiente sentencia: «Para que una persona enferme de neurosis es preciso que su yo haya perdido la facultad de reprimir la libido en cualquier forma». A medida que es más fuerte la personalidad, es decir el yo, le es más fácil reprimir el apetito sexual. Y esto es cierto en tal manera que está probado que toda la debilitación de las energías, sean físicas o espirituales, hacen acrecentar el tamaño de la libido y da lugar al nacimiento de una neurosis».

En los primeros tiempos, cuando Freud empezó a exponer su teoría del psicoanálisis, se le objetó que las teorías psicológicas no podían dar la explicación de una enfermedad. «Mas al decir eso, continúa el Dr. Gómez Nerea, se olvidaba que el acto sexual no es un hecho puramente corporal como tampoco es puramente psíquico sino que a la vez ejerce acción sobre el alma y sobre la carne. Por otra parte, los síntomas de las llamadas *neurosis actuales* presentan una curiosa analogía con las enferme-

dades ocasionadas por la acción crónica de sustancias tóxicas exteriores o por la supresión brusca de las mismas. Por eso es que Freud tiene de las llamadas neurosis actuales una concepción particularísima y, diré también, atinada, pues sostiene que son efectos de perturbaciones del metabolismo de las sustancias sexuales, ya por la producción de toxinas que sean superiores a las que el individuo puede soportar, ya porque ciertas condiciones internas o psíquicas estorben el empleo de dichas sustancias».

Creemos que el libro del Dr. Gómez Nerea para conocer a Freud en el aspecto por él estudiado, es uno de los más claros y completos que se han escrito en castellano. Debe leerse.—A. T.



LA CASA SIN VENTANAS, por *P. Casaula*.

Desde un principio este volumen posee algo que molesta; no es el título, desde luego, que es, al contrario, prometedor, sugerente; tampoco la ilustración de la portada. Es seguramente el nombre de la editorial (?) que lo publica: «Cuadrante ultranovecentista».

Suponíamos que tales preciosismos, que tales palabras tan ultra rebuscadas—que años atrás se utilizaron con tanta dispendiosidad como con carencia de tino, habían encontrado su definitiva tumba.—Si es cierto que uno se explica ese afán del escritor joven por huir de los territorios cotidianos en la búsqueda permanente de lo original, de lo diferenciado, tampoco lo es menos que cuando no se posee un ingénito buen gusto, el esfuerzo realizado en este sentido deviene antipático, porque resulta adocenado. En este caso, es evidente, esto no tendría mayor importancia si el volumen de que nos ocupamos no estuviera repleto de defectos del mismo estilo.

Empieza el libro con un artículo que firma don Jorge Abo-